

—Bien está, replicó el capitán, tendiendo la mano á Negromonte.

Poco despues este y Fray Roque se encontraban solos.

—Y cómo pensais satisfacer á ese hombre? preguntó el fraile.

—Castigando á Zuleta.

—Cómo?.....

—Ahorcándole.

Un desengaño.

**E**STRADA habia logrado convencer á Rodrigo de Paz, conviniendo con este en soportar con hábil disimulo todos los abusos del gobierno, mientras podian organizar medios mas sabios para derribar de un golpe la tiranía que les amenazaba. El alguacil mayor, á cuyos ojos Estrada hizo brillar un porvenir de lisongeras esperanzas, convino en ceder á los gobernadores parte del tesoro, poniendo por sola condicion la seguridad de su persona. La ciudad, que por tercera vez habia vuelto á ser presa del terror y la alarma, vió con gran gusto que se disolvian los grupos sospechosos, que los arcabuceros apagaban las mechas, y los cañones rodaban á los depósitos del arsenal, sin llevar ya en sus fauces oprimido el bote de metralla.

Pasaron dos dias. Eran las once de la noche; las calles envueltas en la oscuridad y empapadas por una menuda lluvia, estaban desiertas. Solo un hombre bien arrebuja-

en su capa y caídas las alas del sombrero, se encaminaba á grandes trancos por las calles que conducian á una gran casa llamada tambien Palacio de Cortés. Allí tenia aposentadas el conquistador á muchas nobles damas, hijas, madres, mujeres ó hermanas de los caciques que habian sido muertos ó prisioneros en las luchas de la conquista. Pronto se detuvo el caballero enfrente de una ancha puerta, y llamó, dando tres golpes con la palma de la mano. Según la costumbre creada por el temor en aquellos tiempos, abrióse una ventana, y una voz como caída de las nubes sujetó al recién llegado á un escrupuloso interrogatorio. Pero este se prolongaba demasiado, y el caballero no debia ser un modelo de paciencia; porque al fin, retirándose algunos pasos de la puerta, y procurando ver al que le interrogaba, exclamó con el acento con que rompe la cólera mucho tiempo reprimida:

—Con mil truenos! si no quereis abirme, decid al señor Diego de Ordaz que necesito hablarle.

—Sereis obedecido,—replicó la voz de la ventana.

—Decidle,—añadió el caballero,—que me manda aquí su merced el alguacil mayor, y que el asunto es de mucha urgencia.

—Por vida mia!..... exclamó una nueva voz juvenil y robusta;—sois vos, capitán!..... dispensad..... no os habia conocido.....

A poco rechinó la llave en la cerradura; se abrió el postigo, y apareció un hombre trayendo una linterna cuyo foco alumbró en el semblante del desconocido las facciones del capitán Francisco de Medina.

—Perdonad!—replicó el otro, haciendo pasar al capitán y volviendo á cerrar la puerta;—qué novedad ocurre?

ha dias que vuestra presencia en este sitio es un augurio de fatalidades.....

—Ea! detengámonos aquí.....

—No pasais?.....

—No: es muy corto lo que vengo á deciros, y aquí estamos completamente solos.....

—Estais agitado.....

—Lo que pasa es horrible..... dijo Medina deteniéndose.—Ayer he sido sorprendido por D. Alonso.....

—Demonio!..... os lo anunciaba yo todos los dias. Y qué ha pasado?.....

—El infierno.... ya os lo diré todo..... para salvar á Doña Luz necesito marcharme, y parto hoy mismo, antes que llegue la mañana, con el pretexto de adquirir noticias de D. Hernando..... teneis permiso de D. Rodrigo para acompañarme, y seré dichoso si teneis á bien emprender conmigo la jornada.

—Iré con vos hasta el fin del mundo, capitán, é iré gustoso por serviros y salir de esta inacción que me consume; pero traereis órdenes, supongo, relativas á esa dama que el alguacil mayor ha confiado á mi cargo.

—Sí tal; la llevareis al monasterio de San Francisco, donde quedará encomendada en las manos del Padre Valencia. Sabeis que Chirinos la persigue frenético: este ha sabido que Isabel se encuentra aquí con las demás indias nobles, y hoy mismo, con el pretexto de registrar los bienes de Cortés, vendrá aquí para buscarla.

—Es decir que hoy mismo.....

—No hay tiempo que perder..... entregad este pliego á esa jóven, y ella os seguirá al instante. Os espero.

El hombre que tenia la luz la colocó en el suelo, y cor-

rió, perdiéndose bien pronto en la negrura que llenaba el fondo de aquella entrada.

Medina, fijo en un pensamiento, se quedó inmóvil contemplando la flama á través de los nublados vidrios de la linterna; el agua con que la lluvia habia empapado su sombrero, formaba en el borde del ala varias trémulas gotas que se desprendian de cuando en cuando midiendo los instantes con la lenta regularidad de un péndulo. Aquella cabeza pensativa se irguió de repente; sonaban pasos en la calle.

Medina tocó un muelle de la linterna, y una lámina de hierro se interpuso en el foco, y la luz pareció extinguirse. Los pasos resonaron mas cerca; Medina entreabrió el postigo y se puso en acecho. Vió entonces que se aproximaba una sombra que llegaba á la puerta, y allí se detenia como buscando una guarida para escaparse de la lluvia.

—Quién será el majadero?.....—pensó Medina;—si tendremos que quitar de aquí á este impertinente dándole una estocada? mucho temo que el señor Pero Almindes no ande por aquí metido en el cuerpo de uno de estos animales nocturnos.....

Aquel desconocido sacó el brazo por debajo del ferreuelo, al mismo tiempo que una cosa que llevaba en la mano topó casualmente en los tablones de la puerta y despidió un sonido armonioso, fugaz, trémulo, que no dejó duda á Medina de que aquello era un instrumento de cuerda.

En efecto, el hombre aquel no dilató en hacer oír un hábil preludio; poco despues comenzó á ejecutar, acompañada con la voz, una especie de serenata, puesta en el tono que llaman *menor* los inteligentes. El tono menor es ciertamente el idioma del dolor y de la tristeza. Cada una de sus notas parece escaparse del pecho alabastrino de una vír-

gen llorosa; enajena la mente, hiela la sangre y retumba sobre el corazon con la terrífica dulzura de un ¡dios! que se hunde para siempre tras de los horizontes de la vida. El aliento muere en los labios, los ojos se anublan, la frente cae sobre las manos, el pensamiento se trasporta á una region de melancólicos recuerdos. Medina escuchaba no sin conmocion aquel cantar impregnado de ternura. La voz era robusta, varonil; temblaba lo suficiente para remedar la expresion de un llanto apenas contenido. El laud resonaba á lo lejos con la celeste suavidad de las arpas eolias.

El tono menor producía todo su encanto.

Medina soñaba, á pesar suyo. Cada una de aquellas vibraciones evocaba en su mente vagas imágenes como esbozadas en la bruma de un sueño.

Ya era un claustro solitario recorrido por el eco fatídico de una campana; ya las negras bóvedas de un templo resonando con las melodías del órgano y los himnos de un coro de vírgenes; ya el susurro de la noche entre la espesura que ondea sobre los sepulcros. A veces, asociaba á la voz un rayo de luna atravesando por los almenares de un castillo, y derramando su claridad sobre la frente melancólica del trovador, é inspiracion en su mirada fija en el azul del cielo.

Ciertos recuerdos de la infancia parecian llegar, pasar y desvanecerse, huyendo sobre el círculo arrebatado por el aire, á las cuerdas de aquella cítara nocturna. Parece que aquel exceso de ternura que la música pone en el alma, busca para desahogarse todo lo que se ama en la vida. Hubo un instante en que Medina, sin saber por qué, pensó en su patria. Parecíale oír con la armonía el dulce murmurio con que las ondas del Genil se despiden de las cum-

bres de Sierra Nevada, al despeñarse entre las márgenes del Betis, para perderse en el Océano.

La trova duraría diez minutos. Calló despues, y Medina volvió de su éxtasis, para seguir observando los movimientos de aquel desconocido.

Este guardó su laud y esperó algunos instantes esa otra divina armonía con que responde al trovador el rechinar de un gozne cuando la vidriera gira á los impulsos de una blanca mano. Pero pasó el tiempo, y nada se oía; entonces el galan se adelantó hasta la mitad de la calle, inclinóse como tratando de buscar un objeto, y anduvo así hasta que seguramente logró encontrarle. Despues se enderezó, hizo un movimiento brusco, y al mismo tiempo se oyó retumbar sobre las puertas de un balcon una pedrada fuerte como el estallido de una bomba. Medina se estremeció involuntariamente. Aquel trueno lúgubre, repetido por los ecos, se propagó como un ¡alerta! en las profundidades de la noche.

La dama, insensible á los cantares, no debia serlo con aquel nuevo género de serenatas, porque muy pronto se oyó abrir el balcon, y una voz que debia salir de una boca hermosa exclamó dirigiéndose al desconocido:

—Qué me quereis?.....

Lo que prueba que la susodicha dama estaba bien acostumbrada al enérgico lenguaje de su caballero.

—Loado sea Dios!—replicó este;—os creia muerta, señora.

—Ya se conoce.....

—Teneis un sueño que lo envidiarían los siete durmientes.

—Soy jóven.

—De cuántos años á la fecha?

—Os estais empapando!.....

—Y qué?.....

—Podeis tomar un romadizo.

—Lo creeis contagioso?

—Tal vez; mas yo lo sentiria por esa jóven, que os tiene tan inmenso cariño.....

—Vos, señora?.....

—Juanita.

—Cáspita! insistís en dármela por novia?

—Yo, no.....

—Quereis enojaros?..... por qué no buscáis un pretexto menos miserable que esos celos sin fundamento?

—Hipócrita!.....

—Angel mio!.....

—En fin, ya os tengo dicho que no quiero hablaros; bien podeis apedrear mi puerta con guijarros ó con canciones, os repito que esta es la vez postrera que nos vemos. Quedad con Dios!.....

—Cómo! Señora, teneis tal amor á vuestra cama; por no dejar un instante las cobijas, rompeis, bajo el pretexto de los celos, vuestro amor y vuestra palabra?.....

—Vos los habeis roto con vuestra perfidia.

—Demonio!..... seguís pensando en Juana?

—Dios os dé buena noche.....

—Oid, señora!.....

—Me voy.....

—Os juro por Cristo que no me ligan á esa jóven sino los lazos de una amistad pura.....

—Toma!..... y adónde van á tener las amistades puras entre dos pícaros de diferente sexo?..... dispensadme.....

—La respuesta es fácil, señora; van á tener adonde yo

estoy estorbando que llegéis vos y el capitán Francisco de Medina.

—Zamora!..... sois un infame.....

—Soy un pobre diablo.....

—A ver!..... decidme..... explicáos..... por qué abrigáis esa indigna sospecha que os llena de baldón á vos mismo?..... qué razón teneis para calumniarme?.....

—Quedad con Dios, señora.

—No! infame..... no os ireis de aquí hasta haberos justificado.

—Dios os dé feliz noche.

—Zamora!.....

Aquel grito no obtuvo mas respuesta que el rumor de unos pasos que se alejaban. La dama permaneció en vano asomada al balcón. Zamora no volvía.

—Aquí me teneis,—dijo uno voz á las espaldas de Medina.

El capitán descubrió la lámpara y vió á Diego de Ordaz, en cuyo brazo se apoyaba una dama.

—Estais ya dispuesta? señora.....—preguntó.

—A vuestras órdenes, señor;—repuso la argentina voz de Isabel Dorantes.

Medina dió el brazo á Isabel. Ordaz se envolvió perfectamente en su ferreruelo, tomó la linterna y salió por delante, alumbrando el paso á los dos jóvenes.

La dama del balcón siguió con la vista el rastro de la luz hasta perderla tras la próxima esquina.

Después murmuró algunas palabras, y se retiraba para cerrar, cuando nuevas pisadas resonaron en la dirección por donde Zamora acababa de ahuyentarse.

—Zamora!.....—volvió á gritar la dama.

—Silencio!—replicó el galán, que no había hecho mas que ocultarse en una puerta.

—Qué pasa?.....

—Viene gente.

La dama enmudeció; Zamora volvió á su escondite.

En efecto, por el extremo de la calle desembocó un turbión de voces y pasos, que hacían suponer una veintena de personas. De repente todos callaron; parecía que alguna voz de mando encargaba el silencio al penetrar en aquellos sitios.

Un grupo de sombras llegó hasta la puerta del Palacio, y se detuvo.

—Barrientos?..... dijo alguno.

—Aquí me teneis,—dijo una ronca voz, que era sin duda la del capitán de ese nombre.

—Aquí teneis la casa,—dijo el otro, designando entre las tinieblas el balcón donde permanecía medio asomada la novia de Zamora;—tomad seis hombres, y ponéos á la obra, mientras yo registro el Palacio.

—Insistís?—dijo un tercero dirigiéndose evidentemente al que había pronunciado las anteriores palabras.

—Bah!—dijo este;—caro ha de pagar esa mujerzuela su complicidad con Albornoz en el petardo de estudiante que sufrí aquella noche. Con todo; si sospechais que la persona que buscamos se encuentra oculta en esa casa, dejad para otro día el negocio, y no os ocupeis sino de esa persona.

Dicho esto, el que hablaba se acercó á la puerta, y llamó con dos golpes imperiosos, casi groseros. La ventanilla que se había abierto para Francisco de Medina, se abrió de nuevo, y la misma voz de entonces gritó al desconocido: